CAMINANTE, SÍ HAY CAMINO

-P.Prisciliano Hernández Chávez, CORCO.

Nuestra vida siempre está inmersa en dificultades y problemas. Comporta una travesía amenazada a cada paso y en cada una de sus etapas. Esta pandemia nos permite descubrir nuestra gran fragilidad cuando nos pensábamos tan seguros de todo. Nuestra omipotencia y omnipresencia gracias a una tecnología en su potencia digitalizadora hija de nuestro positivismo científico. Pero, oh sorpresa. Un ser pequeño e insignificante ha puesto a temblar a la humanidad que culturalmente se jactaba de ser en nuestro tiempo la realizadora de la muerte de Dios,-vociferada por Nietzche a mandíbula batiente. Así se ha entendido la innecesaria y estorbosa religión; cacharro inútil, catalogada como una simple creencia, opinión de los ignorantes. Aumentaron los agnósticos orgullosos de su postura. Desafiantes de sus padres, generación de otro tiempo, crédulos y rezanderos, aunque a sus costillas vivan e impongan su verdad y voluntad, sin más fundamento que su postura emotiva, liberadora e informada por los maestros de la sospecha, émulos de Freud, de Marx, del mismo Nietzche y otros que se fueron sumando a sus propuestas; a cual más de repetidores, aferrados a su tablita de salvación en la tormenta de la vida y cercanos a perecer anegados. Esta situación límite que vivimos nos posibilita a replantear la vida, amenazada por la muerte, que nos pisa los talones. ¿Quién es Jesús de Nazaret? ¿Un personaje de la historia? ¿Un iluso? ¿Un loco? O es verdaramente el Mesías Redentor. El pasado puede entristecernos y desilusionarnos como a los discípulos de Emaús. Si siquiera le permitiéramos abrirle nuestro corazón con todas las pesadumbres y proyectos fallidos. Dejarle que nos acompañe e interrogue de todo lo que acontece en nuestro interior; es posible que nos explique las Escrituras,-la Torah,-la Ley, los Nebiim,-los Profetas, y los Quetubim,-los Escritos, para constatar un hilo común de muchos siglos, de una comunidad creyente depositaria de esta Revelación primera,-Israel, y con una unidad maravillosa: “Era necesario que el Mesías padeciera, para así, entrar en su gloria”; que su luz ilumine nuestra oscuridad, esa que hemos de reconocer con gran humildad y sencillez.Puede nuestro corazón arder ante Él que es la Palabra iluminadora y omnipotente; no es conveniente dejarla pasar, como un momento emotivo y maravilloso. Es necesario decirle “quédate con nosotros, pues ya atardece”; entra en nuestra pobre morada. De huésped, se conviertirá en el anfitrión: “toma el pan, lo bendice, lo parte” y desaparece; se queda como Pan, descubierto en la fracción del pan, en la Eucraristía; Él es la Eucaristía, quien completa su ser de Palabra proclamada,explicada y cristalizada en la Eucaristía, la Palabra que se transforma en Acontecimiento de salvación, Pan de la Vida ( Lc 20, 13-35). Creer, según Bruno Forte, es dar el corazón que implica una certeza peculiar que sostiene nuestra vida; darle el corazón a ese Jesús Resucitado y Redentor, porque su luz es capaz de “consolidar nuestro afecto e iluminar nuestro intelecto” como enseña san Buenaventura; en parte pertenece a esa dimensión cordial y en parte a esa dimensión intelectual, perfectamente vinculadas en nuestra condición humana: somos corazón e inteligencia, traducida como inteligencia “sentiente ”, de Zubiri. El corazón tiene sus propias razones, que a veces superaran a la misma razón, como enseña Pascal. Esto es para señalar la importancia que tiene el encuentro sincero y profundo con el Señor, de corazón a Corzazón, más allá de las ecuaciones o de la frialdad de unas teorías. Al Señor lo encuentro en esa mutua presencia implicadora , con la Palabra, la Eucaristía y la Comunidad que crea el mismo Espíritu Santo, la Iglesia. Solo así podemos descubrir que sí hay Camino, Camino que es Jesús, que quiere recorrer con nosotros en su Iglesia, para remontar las adversidades, en nuestro tiempo y en nuestras circunstancias.Es extraordinario experimentar su Palabras que incendia y su Cuerpo, pan de vida, que nos alimenta. Así se experimenta esa communio, koinonía, verdadera comunión que realiza el Espíritu Santo en su Iglesia, que somos nosotros.